

EL PERIODISMO

de antes

Por JULIO CAMBA

A veces se ha hablado en Madrid de una huelga de periodistas. La huelga de periodistas, queridos compañeros, es un propósito absurdo por dos razones, que clasificaremos así:

A.—El público no necesita para nada los periódicos.

B.—Los periódicos no necesitan para nada a los periodistas.

Dejemos, de momento, la razón «A» y vayamos a la razón «B». Yo he «trabajado» durante dos años en un periódico que se hacía solo. Ordinariamente, los redactores nos reuníamos en torno de una mesa muy grande, pedíamos café y comenzábamos a charlar y a fumar pitillos. Abajo estaban los talleres. ¿Por qué procedimiento se transformaba nuestra conversación en artículos y noticias? Yo lo ignoro; pero ello es que, poco a poco, el periódico iba haciéndose.

—Ya no faltan más que dos páginas—decía el regente a las dos y media de la madrugada.

—Muy bien, muy bien—contestábamos nosotros—. Que traigan más café.

Y volvíamos a tomar café, a fumar pitillos y a discutir la política del día con un nuevo ardor. Pasaba una hora y el regente reaparecía.

—¡Tres columnas!—exclamaba.

—¿Todavía tres columnas?

Indudablemente, la conversación había languidecido o quizá el café se hubiese enfriado... Seguíamos hablando, y a las cinco de la madrugada el «plomo de la palabra» hervía en la estereotipia, esperando el momento de su consorcio con la «tinta de la idea». Ese momento se producía hacia las cinco y cuarto o cinco y media. A esa hora comenzaba a funcionar la rotativa, y entonces nosotros nos callábamos. Nuestra labor había concluido. No nos quedaba ya ni un solo pitillo. Las cafeteras estaban agotadas...

Así se hacía el periódico ordinariamente; pero algunas veces daban las tres de la madrugada y todavía no había aparecido ningún redactor.

—Faltan lo menos dos páginas y media—murmuraba el regente.

—¡Estos muchachos!... ¡Estos muchachos!...

Daban las cuatro.

—Todavía faltan cuatro o cinco columnas—exclamaba el regente.

—¡Qué le vamos a hacer!...

Y a eso de las cinco, el regente volvía a presentarse.

—¿Aún no ha venido nadie?

—No.

—Pues yo voy a cerrar el número. Si no, perderemos los correos.

—Bueno. Cierre usted—autorizaba el propietario.

Y la rotativa giraba, y el periódico salía, y hasta es posible que saliese mejor que nunca...

Decididamente, los periódicos, que parecen el producto de una civilización complicadísima, son algo tan natural y tan espontáneo como las flores y como los frutos. Los poetas debieran cantarlos. Los hombres de ciencia debieran estudiar su biología. Periódicos que llevan treinta o cuarenta años de existencia han brotado, a lo mejor, de un banquete o de un discurso político. Unos viven modestamente, como la violeta. Otros son pomposos y arrogantes. Ultimamente se ha pensado en industrializar el periodismo así como, por ejemplo, se ha industrializado la patata; pero, de todos modos, una huelga de periodistas a mí me parecería algo así como una huelga de cesantes.

* * *

Se ha dicho que hasta ahora los periodistas madrileños no habían empleado contra sus Empresas ningún procedimiento revolucionario, y esto es inexacto. Durante la guerra ruso-japonesa, yo era redactor de un periódico donde nos pagaban con bastante dificultad. Sobre todo, considerábamos humillante la clase de moneda con que se nos hacían los pagos, y que era: o calderilla, producto de la venta en la Puerta del Sol, o sellos de Correos, que acabábamos vendiéndole, mediante un considerable descuento, al propio administrador que nos los había entregado.

—Crean ustedes—solía decirnos aquel señor—que al tomarles a usted a diez céntimos estos sellos de quince, hago un gran sacrificio. Nosotros somos un periódico muy liberal y tenemos para toda nuestra correspondencia la franquicia parlamentaria...

No había medio de que nos liquidase en plata ni con regularidad. ¿Qué hacer? La huelga era imposible, y decidimos recurrir al sabotaje. En todos los telegramas de la guerra que nos mandaban las Agencias nosotros le quitábamos un cero a la cifra de los muertos, y así, mientras los demás diarios, a la hora de desayunar, les servían cuatrocientos o quinientos cadáveres a sus lectores, el diario saboteado sólo les servía a los suyos cuarenta o cincuenta. La diferencia era enorme. Toda la Prensa nos ganaba en interés y emoción. A la hora de tomar café, cuando el lector de nuestro periódico se ponía a discutir la guerra con sus amigos, el papel que hacía era sumamente lamentable. Todo el mundo presentaba bajas a centenares y él no podía sacarlas más que por docenas. Muchos suscriptores se borrarón, diciendo que carecíamos de amenidad y que éramos unos malos periodistas.

—Habría que hacer un gran esfuerzo—nos observó un día el propietario.

Y entonces nosotros le planteamos nuestras condiciones: pago puntual y moneda de plata o billetes de Banco. El propietario aceptó y, durante varias semanas, en vez de suprimir, le añadíamos un cero a la cifra de los muertos. Fué un éxito formidable. Las otras Empresas se volvían locas pensando en qué procedimientos serían los nuestros para obtener unas informaciones tan completas. Llegamos hasta a matar a muchos heridos en riñas en los alrededores de Madrid, heridos que los otros periódicos dejaban simplemente moribundos. Luego decidimos que este esfuerzo gigantesco estaba muy mal retribuido y lo abandonamos.

—Por mucho que nos paguen—dijimos—, nunca nos pagarán lo bastante. Indudablemente no vale la pena matar a nadie por cuenta ajena...

Yo someto a la consideración de mi Sindicato el procedimiento de lucha periodística que acabo de referir. Las Empresas periodísticas no son, después de todo, más que una modalidad de las Empresas funerarias, y nosotros somos unos sencillos empleados de Pompas Fúnebres que hacemos, según los diarios que nos han contratado, entierros de primera clase, entierros de segunda y entierros de tercera...

